

CARTA PASTORAL

DEL EXCMO. É ILMO. SEÑOR

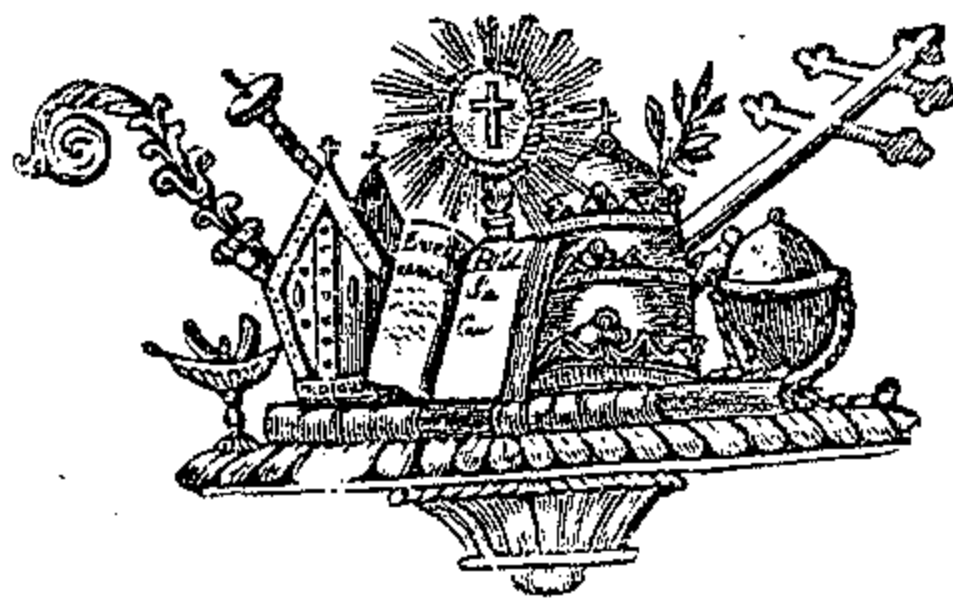
DON JUAN JOSÉ BONEL Y ORBE,

OBISPO DE CORDOBA,

PRECONIZADO ARZOBISPO DE TOLEDO,

PRIMADO DE LAS ESPAÑAS,

DESPIDIÉNDOSE DE SUS DIOCESANOS.



MADRID.

IMPRESA Y FUNDICION DE DON EUSEBIO AGUADO.

—
1847.

JUAN JOSÉ BONEL Y ORBE,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTOLICA OBISPO DE CORDOBA, ARZOBISPO PRECONIZADO DE TOLEDO, PRIMADO DE LAS ESPAÑAS, ADMINISTRADOR APOSTOLICO DE ALMERIA, SEDE VACANTE, CONFESOR DE LA REINA NUESTRA SEÑORA, DELEGADO APOSTOLICO DEL EJERCITO Y ARMADA, CABALLERO GRAN CRUZ DE LA REAL Y DISTINGUIDA ORDEN ESPAÑOLA DE CARLOS III Y DE LA AMERICANA DE ISABEL LA CATOLICA, SENADOR DEL REINO, DEL CONSEJO DE S. M., ETC., ETC.

Al Venerable Clero y á todos los fieles de nuestra Diócesis,

Paz, gracia, salud y bendicion en Nuestro Señor Jesucristo.

La Providencia del Señor, que todo lo ordena para el cumplimiento de sus fines, incomprensibles á nuestra limitada razon, ha dispuesto que dejemos de ser vuestro Pastor, y continuemos el ejercicio de nuestro santo ministerio en otra porcion del rebaño universal de Jesucristo. Sin mérito alguno de parte nuestra, porque estamos íntimamente persuadido de nuestra insuficiencia, hemos sido trasladado á la ilustre Iglesia Metropolitana de Toledo, Primada de las Españas. Accediendo á la presentacion de la Reina nuestra Señora, muy solícita de la provision de tantas iglesias vacantes en el largo espacio de catorce años, Nuestro Santísimo Padre Pio IX se ha dignado preconizarnos en el Consistorio celebrado en 4 de octubre próximo, comenzando esta grande obra que formará época muy notable en nuestra historia, y que con su celo y vigilancia concluirá dentro de poco tiempo.

El Señor, rico siempre en misericordias, ha escuchado los ardientes ruegos de sus hijos, y atendido á sus votos, y preparado las cosas para un acontecimiento de tanta importancia y trascendencia: pocos dias pasarán, y la Iglesia de España, respetable siempre por tantos títulos hasta por los mismos infortunios con que el Señor ha querido probarla, saldrá de su lamentable horfandad, y tendrá sus pastores con la mision divina del Supremo Pastor, encargado de apacentar los corderos y las ovejas; y revestidos asi con la autoridad de lo alto, continuarán la sé-

rie de tantos Prelados insignes de memoria y bendicion eterna, é imitadores de sus virtudes serán, como aquellos fueron, la gloria de sus iglesias, la alegría de los fieles, el ornamento de la Religion y el honor de los pueblos.

Vosotros, hermanos muy queridos en el Señor, sois afortunados: el Sucesor que se nos designa es uno de los individuos mas notables y beneméritos del Clero español, no solo por su brillante carrera literaria, su instruccion y la importancia de sus destinos y cargos en la Iglesia y en el Estado, sino por sus prendas personales de virtud, honradez, amabilidad de caracter, y demás cualidades que tanto le recomiendan para el buen desempeño del ministerio pastoral. Teneis tambien la dicha de que inmediatamente entre en lugar nuestro, porque ha sido preconizado en el mismo dia, salvándose así vuestra Diócesis de los perjuicios y compromisos que traen consigo las prolongadas vacantes, especialmente en tiempos de movimientos y agitaciones políticas; y por nuestra parte tenemos la confianza de que sabrá disimular y mirar con indulgencia las graves faltas que irá notando en el cumplimiento de nuestras obligaciones pastorales, nacidas unas de la escasez de nuestras luces y otras de la calamidad de los tiempos; y esperamos que con su celo y prudencia sabrá aplicar los remedios convenientes para que no sufraís detrimento en el bien espiritual, que tanto hemos deseado siempre para vosotros.

Se acerca, pues, el momento en que ya no tendremos el título de Pastor vuestro, del cual nunca nos hemos creído merecedor: y al pronunciar estas palabras, Dios nos es testigo que derramamos abundantes lágrimas, porque desde que vinimos entre vosotros hace ya catorce años, separándonos de la esclarecida Iglesia y diócesis de Málaga, con la cual nos unian, como sabeis, vínculos y relaciones las mas dulces y tiernas, que jamás podemos olvidar, habeis ocupado en nuestro corazon el lugar distinguido que mereceis, mirándoos como hijos muy predilectos, y agradeciándoos las muestras de respeto con que os señalábais y justificábais las noticias muy anticipadas que teníamos, y la fama que tanto os ennoblece de ser muy amantes de vuestros pastores, y muy dóciles á la voz de su ministerio. En los pueblos que visitamos se dilataba nuestro espíritu al contemplar el fervor de los fieles, el anhelo con que acudían á escuchar nuestras exhortaciones, su devocion en las funciones religiosas, la solicitud en presentar sus hijos á recibir el santo Sacramento de la Confirmacion, el respeto á nuestra humilde persona, y la venera-

cion con que se nos recibia: grabadas están en nuestra alma aquellas demostraciones tan sinceras; y los fieles, arrodillados en muchas partes á nuestra entrada, eran un espectáculo que nos conmovia, y nos enternecia, y hacia correr nuestras lágrimas, considerando su fe, su piedad, y la alta idea que tienen del que se presenta con el carácter de Enviado de Dios para anunciarles su reino, la paz, los bienes del cielo, y los medios de conseguir el fin dichoso de su creacion; y nos persuadimos que este era y es el espíritu que anima á todos los diocesanos. Habríamos tenido la mas dulce satisfaccion en conocer de cerca todo el rebaño que nos estaba confiado, sin dejar de visitar ni una sola oveja para curar, segun la espresion del Profeta Ezequiel, y con la autoridad de nuestro oficio, las que estuviesen enfermas, reducir á las extraviadas, sostener las débiles y preservar las sanas, mediante la gracia de Dios que no faltaria á nuestro ministerio.

Las circunstancias y vicisitudes de los tiempos calamitosos que hemos alcanzado nos han impedido gozar de este placer, porque nuestros deseos fueron permanecer siempre en medio de vosotros, cuyo conocimiento individual ofrecia tantos motivos de consuelo y satisfaccion entre las fatigas propias del ministerio. Dios sabe que no mentimos; y vosotros sabeis tambien cuáles han sido las ocupaciones que nos han tenido fuera de la Diócesis: fuimos nombrado Pro-Capellan y Limosnero Mayor de la Reina nuestra Señora, Delegado Apostólico del Ejército y Armada y Senador del Reino; cargos á la verdad muy graves y de grande interés para la Iglesia y el Estado, y que hemos procurado desempeñar fielmente segun lo han permitido nuestros limitados alcances. Pero esta ausencia, lejos de disminuir ni aun entibiar nuestro particular afecto hácia vosotros, desde que la Providencia dispuso fuéseis nuestros hijos en Jesucristo se ha fomentado mas, y estrechado tambien nuestras relaciones en gran manera, y por vuestra salvacion hubiéramos sacrificado, si necesario hubiera sido, hasta nuestra misma vida, por el grande amor que os profesamos, como decia el Apóstol, y porque siempre habeis estado fijos en nuestra memoria y en nuestro corazon.

En el dia pues de nuestra separacion como Pastor vuestro, porque nunca dejaremos de serlo en el afecto y en el deseo de servirlos y de implorar para vosotros muy eficazmente la proteccion del cielo, y toda clase de gracias espirituales y temporales; en el dia de nuestra separacion hallándonos fuera de la Diócesis, permitidnos que os digamos con

el Apóstol, que por la misericordia de Dios á ninguno hemos dañado, ni vejado, ni oprimido, pues desde el principio nos decidimos á gobernaros y dirigiros con suma lenidad, para que gozáseis de la paz y reposo apetecido, y sin dureza, como una madre que, segun la espresion del mismo Apóstol, hace descansar á sus hijos en su mismo seno con la mayor ternura; y lejos de buscar vuestros intereses solo hemos deseado salvar vuestras almas con toda solicitud y de todas maneras, exhortando, rogando, alentando á cada uno de vosotros, por Nos mismo ó por nuestros celosos cooperadores en el ministerio, muchas veces con lágrimas, pues cuando hemos estado en vuestra compañía ha sido como un siervo, segun que Jesucristo Sumo Sacerdote quiso manifestarse á los hombres y encargó á sus Apóstoles lo hiciesen, sin tener otro anhelo que conservar y hacer amable la paz y la verdad que debemos amar conforme las espresiones de un Profeta: ni tampoco hemos andado nunca en palabras de adulacion ni en deseos de avaricia; Dios es testigo, como se esplicaba el mismo Apóstol. Nuestro lenguaje, bien diferente de la afectuada sublimidad filosófica de nuestro siglo, que pretende seducir y engañar con voces pomposas pero insignificantes en la práctica, solo ha anunciado á Jesucristo, y éste crucificado; y si por la flaqueza de nuestra condicion no hemos hecho todo esto y tantas otras cosas, y lo demás que es propio de nuestro ministerio con la perfeccion que corresponde, á lo menos lo hemos deseado con toda sinceridad, sin que por esto os persuadais jamás que nos justificamos, pues sabiendo que es el Señor quien nos juzgará, y en cuyos ojos las virtudes mas eminentes y heróicas tienen defectos, y que los ángeles no son limpios en su presencia, tememos y desconfiamos de todas nuestras obras, como decia el santo Job; y si hemos usado de las palabras del grande Apóstol, no permita Dios nos atrevamos á comparar su celo con nuestra tibieza, su solicitud con nuestra negligencia, sus luces con nuestra ignorancia, sus virtudes heróicas con nuestros gravísimos pecados. Conocemos la inmensa distancia; confundidos estamos á la vista de nuestras culpas; temblamos por nuestras omisiones; y solo confiamos en la misericordia del Señor y en vuestras oraciones para alcanzarla. Sois piadosos, compasivos, llenos de caridad, y todo lo esperamos de vosotros.

Para suplir pues lo mucho que contra nuestra intencion hayamos dejado de hacer, hemos creido ser obligacion nuestra muy sagrada, al concluir nuestro ministerio entre vosotros, dirigiros esta Carta, produci-

da por los afectos de nuestro corazon, para daros en ella los últimos consejos ; porque como decia Jesucristo á sus Apóstoles: *Jam non multa loquar vobiscum*; no hablaremos ya muchas cosas entre vosotros. ¿Y quién extrañará esta efusion de nuestro celo por el bien espiritual de unos diocesanos tan queridos? Si los hemos amado desde el momento en que fueron puestos bajo nuestro cuidado y direccion, y hemos procurado darles pruebas de nuestro afecto, correspondiendo tambien al que nos han tenido, ¿cómo dejaríamos de amarlos en los últimos dias de nuestra mision para con ellos? ¿Cómo podríamos omitir lo que exige nuestra solicitud pastoral en el momento?

Sí, amados diocesanos, os celamos, segun decia el Apóstol, con el celo de Dios; y por lo tanto toleradnos si esto pudiera seros molesto. Cuando hemos estado con vosotros nuestro espíritu no tenia descanso, velando sobre vuestras almas; ahora que debemos separarnos tampoco lo tendria, si cuando os dirijimos las últimas miradas desde la nueva Diócesis á que se nos llama, precisamente contigua á la vuestra, y en la cual nos hallamos, no os hablásemos con nuestro corazon acerca de las verdades mas importantes para vuestro bien. ¡Ojala que nuestras palabras, animadas con el espíritu del Señor, penetren hasta lo mas íntimo del vuestro! ¡Ojala que todos pudiérais escucharnos al despedirnos de vosotros y daros el último á Dios!

Oidnos pues, y atended á nuestra voz con la docilidad que siempre habeis manifestado, y con el deseo de aprovechar en la santificacion de vuestras almas, porque esta es la voluntad de Dios. Vosotros sabeis que aunque el mundo ha estado en todo tiempo lleno de malignidad, y que segun el lenguaje del Apóstol se han manifestado siempre las obras de la carne, á saber: la ira, la soberbia, la detraction, la inobediencia y demás vicios, parece sin embargo que ahora vivimos en aquellos dias desdichados de que hablaba un Profeta, en los que amenazan desaparecer de sobre la faz de la tierra la justicia, la paz y la misericordia; dias en que no se da á Dios lo que es suyo, ni al César lo que le pertenece; dias en que, segun decia llorando san Pablo, muchos, enemigos de la cruz de Jesucristo por su doctrina y por sus costumbres, se precian de levantarse y conjurarse contra ella, avergonzándose de ser cristianos; y no solo deshonran su profesion con su conducta, sino que hacen la guerra á la verdad de la Religion, á la santidad de su moral y á la magestad de su culto con sus discursos impíos y de todo punto escandalosos,

Y en esta situacion tan lastimosa, cuando vemos que, como en el tiempo del diluvio, toda carne ha corrompido sus caminos, y parece segun la espresion del Real Profeta que todos han declinado del camino recto y se han hecho inútiles ¿podremos callar? ¿No os advertiremos el peligro de vuestras almas para que huyais y os salveis de la universal corrupcion, cuyo término fatal probarán sin duda los pecadores de la tierra? Cuanto mas grande y mas inminente sea el riesgo, mayor y mas esquisita debe ser la vigilancia para evitarlo.

Los testimonios y la verdad de Dios son creibles en gran manera, sus misterios están sobre la razon humana, pero no la contradicen; y sus preceptos son fieles, inmaculados, justos, y los únicos que observados exactamente pueden hacer la felicidad y el bienestar del hombre. Por lo mismo, hermanos muy amados, desoyendo esas doctas fábulas, como decia S. Pedro, que pretenden disminuir la virtud de la gracia de Jesucristo, os aconsejamos que nadie os engañe con vanas filosofías, y despreciables falacias. El apóstol san Juan decia, que ni aun saludar debíamos á los que disintieran de la fe y trataran de seducirnos con palabras dulces y halagüeñas; y esto porque, segun el sentir de san Pablo, las buenas costumbres se corrompen por las malas palabras, que semejantes al cáncer corroen las partes mas sanas y robustas; y el que ama el peligro perecerá en él, y su caida será mas pronta, á proporcion que se crea con mas seguridad.

Si fuera posible preguntar á los infelices cuya pérdida en la fe y en las costumbres llora siempre la Religion, cuál ha sido el origen del trastorno de sus principios y de su corrupcion, no podrian menos de responder que las vanas lecturas pervirtieron su entendimiento, corrompieron su corazon y los precipitaron en el abismo de errores y de vicios en que desgraciadamente se hallan sumergidos. Horrorizaos pues, y alejad de vosotros todo libro, todo escrito contrario á la verdad de la santa Religion que os gloriais profesar: acordaos que los primeros fieles, en los cuales habitaba el fervor de la caridad, os dieron el mas noble ejemplo de docilidad y obediencia en esta parte, pues á la primera insinuacion que les hicieron los Apóstoles y discípulos del Señor pusieron á sus pies los escritos y libros impíos, convencidos de que la semilla del Evangelio no podia conservarse en sus corazones por mucho tiempo en medio de la cizaña y espinas que la sofocan.

La Iglesia representada por su cabeza visible el Sumo Pontífice, Vi-

cario de Jesucristo en la tierra, y por el cuerpo de Prelados y pastores, así como vela para dirigiros por los caminos de la salud, y apartaros de los pastos venenosos, tiene un derecho indisputable á vuestra obediencia, y vosotros una obligacion estrecha de reverenciar y cumplir sus disposiciones: en vano se llamará hijo de la Iglesia el que no la obedezca, pues además de que, segun se espresa S. Cipriano, no puede tener á Dios por Padre quien no tenga á la Iglesia por Madre, asegura Jesucristo que quien no oye á la Iglesia sea reputado como un gentil y publicano.

No de otro origen proviene la universal corrupcion que lloramos; y la impiedad tiene tambien el suyo, y nace de la mala y viciosa educacion que reciben los hijos en los tiempos infelices en que vivimos. Vosotros, padres de familia, recordad vuestras importantes obligaciones, porque su olvido es vuestra desgracia, vuestra ruina y de toda la sociedad: educad á vuestros hijos, como decia el Apóstol, en la disciplina y correccion del Señor, enseñándoles como Tobías á temer á Dios desde la infancia, y á abstenerse de todo pecado. El padre que economiza y omite el consejo y el castigo para sus hijos los aborrece, segun la espresion del Espíritu Santo en el libro de los Proverbios; y el que los ama en verdad los instruye con su doctrina y con su ejemplo, para que se alegren despues, y no concluyan sus dias en la mayor miseria. Una enseñanza continua, prudente y sábia, sostenida por el ejemplo de todas las virtudes, es el verdadero principio conservador de todos los bienes públicos y privados, y el preservativo eficaz de todas las desgracias. Acordaos de que las omisiones que tengais en este punto tan esencial, ya por cuidar esclusivamente de vuestros intereses ó negocios, ya por hallaros distraidos en diversiones y placeres y en todo lo que halaga vuestros sentidos, ya por tener á vuestros hijos un amor y complacencia escesiva, ya en fin, preciso es decirlo, por ser vosotros los lazos de corrupcion ó escándalo para ellos dentro de vuestra misma casa; todo esto será castigado por el Señor de un modo tan terrible como lo hizo con Heli por la iniquidad que cometió no corrijiendo á sus hijos aunque sabia su conducta perversa y criminal. El Señor quiere que cultiveis estas plantas para que á su tiempo produzcan frutos preciosos de honor y honestidad; pero quiere que las cuideis segun las máximas del Evangelio, y no las del mundo.

Y vosotros, hijos, no desatendais los cuidados ni la solicitud de vuestros padres. En vano aplicarán todo su esmero y vigilancia para instrui-

ros en las grandes obligaciones de cristianos y de hombres que viven en sociedad; en vano procurarán que tengais una educacion proporcionada á vuestras inclinaciones y circunstancias, si vosotros pagais con el desprecio, con la desaplicacion y con la ingratitud; en vano harán cuantos sacrificios esten á sus alcances y posibilidad si vosotros como caballos sin freno (permitid la espresion) rompeis los vínculos sagrados que la naturaleza y la religion os impusieran intimándoos el respeto, la veneracion, el obsequio que debeis tributarles como imágenes de Dios nuestro Señor Padre universal, é instrumentos de que se ha valido para daros el ser y la existencia; si abusais de ella para vivir en el desenfreno, en la inmoralidad, en la ignorancia mas completa, en la ociosidad, en el seno de todos los vicios. Otro y mas noble es el fin de vuestra creacion: el Señor os ha puesto en este mundo para que le sirvais y daros despues en recompensa la felicidad eterna que os tiene prometida. Acordaos siempre de las muchas lágrimas de vuestras madres, de aquellas lágrimas que tantas veces han derramado por vosotros; y si segun el lenguaje de vuestra juventud os preciais de ser sensibles, sedlo en verdad hácia los objetos mas dignos de vuestro amor y consideracion, teniendo presente que asi como el Señor derrama con abundancia sus bendiciones en el orden espiritual y temporal sobre los buenos hijos, asi tambien levantará su mano para castigar severamente á los que se atreven á deshonar á sus padres. Vosotros, practicando ahora en sujecion y obediencia las virtudes religiosas, domésticas y sociales, no solo sereis vuestra propia felicidad, sino el honor, el báculo y la alegría de la vejez de vuestros padres; sereis tambien algun dia el consuelo de la Iglesia, el apoyo del Estado, el ornamento de la sociedad y la gloria de nuestra patria; y muchos de vosotros sereis, en fin, tan buenos esposos como hijos. Sí, porque en el tiempo conveniente, y con la bendicion del Señor, aneja á la de vuestros padres, formareis nuevas familias, que haciendo vuestro gozo y vuestras delicias serán otros tantos modelos de todas las virtudes.

¡Qué consuelo será para nuestro corazon si estos recuerdos que os hacemos como el mas interesado en vuestra felicidad, se grabasen para siempre en vuestra memoria! Ellos, como una semilla preciosa, producirian en vosotros frutos de vida eterna, y os diríamos como S. Pablo, sois nuestro gozo y nuestra corona, y las señales mas distinguidas de nuestro apostolado.

Pero nada contribuirá mas eficazmente para este objeto que la doc-

trina sostenida con vuestro ejemplo, amados Cooperadores de nuestro ministerio, á quienes ahora dirijimos nuestras palabras. Satisfecho estamos de que vuestra conducta nada nos ha dejado que desear en esta parte; hemos visto y sabemos con indecible gozo que habeis trabajado como buenos soldados de Jesucristo, segun prevenia el Apóstol á su discípulo Timoteo, en la instruccion de los fieles sobre la observancia de las máximas del Evangelio, siendo tambien testigo de vuestra constancia en el trabajo y desempeño de vuestras respectivas obligaciones; y sobre todo hemos visto en vosotros y en vuestras acciones amor decidido á la paz, que es como la divisa de nuestro ministerio, y sumision respetuosa á las autoridades, y que guardais armonía y union con todos, acordándoos de que nuestro adorable Redentor nada inculcó con mas interés y eficacia, para que persuadidos de que todos somos hermanos, viviéramos ligados con el dulce lazo de la caridad, que es el vínculo de la perfeccion. Todo esto, asi como el conocimiento práctico que tenemos de la sabiduría eminente de muchos de vosotros y la instruccion de los demás nos sirve de seguridad y consuelo; y aunque teniéndolo á la vista parece que no habia necesidad de deciros otra cosa en nuestra despedida sino repetiros las palabras del Apóstol á los fieles de Corinto: *Itaque, fratres mei dilecti, stabiles stote, et immobiles, abundantes in opere Domini semper, scientes quod labor vester non est inanis in Domino*, sin embargo, tened á bien que con el mismo Apóstol os digamos, para que lo mediteis cual es debido, que veais el ministerio que os ha confiado el Señor para que cuidadosa y exactamente cumplais con sus obligaciones.

Acordaos pues que nuestro Salvador nos designó como luz del mundo, y que si en vez de serlo nos convertimos en obscuridad por nuestra ignorancia ó nuestros vicios, no solo escandalizamos y somos piedra de tropiezo, y ofension á los fieles, sino que tambien somos responsables de las tinieblas que esparcimos sobre la casa del gran Padre de familias. Tened tambien presente que somos la sal de la tierra, ó del pueblo cristiano; y si la sal material, como decia el P. S. Gregorio, se da algunas veces á los animales para mejorarlos y prepararlos á que se robustezcan, asi nadie debe acercarse al sacerdote, verdadera sal espiritual, sin adquirir el delicioso sabor de la vida eterna, percibiendo además el buen olor de Jesucristo exhalado de nuestras obras y palabras. Digno sería de compasion que os apartáseis vosotros de la senda de Dios, que escandalizáseis á muchos, segun la espresion de un Profeta, con la violacion de les leyes sa-

gradas; y que debiendo ser el modelo de todos sirviéseis de lazo y de red en el monte de la Iglesia, de tal manera que pudiera decirse de vosotros lo que Jeremías de los sacerdotes de su tiempo: *à prophetis Jerusalem egressa est pollutio super omnem terram*; y finalmente lo que el Señor decía de ellos por Ezequiel: *ruina populi mei, Sacerdotes mali*. Bien sabéis que, como decía el P. S. Gregorio, nada mas grave y detestable sufre Dios que ver dar ejemplo de maldad á los que ha puesto para correccion de otros, y que pequemos nosotros que debemos alejar é impedir los pecados.

Necesario es, hermanos muy amados, que apartemos nuestro corazon y aborrezcamos el espíritu corrompido del siglo si queremos llenar los grandes deberes de nuestro ministerio. No puede darse ninguna relacion y armonía entre Jesucristo y Belial; entre los vicios, placeres, deseos y peligros del mundo, y las promesas y renunciaciones que hicimos en el bautismo y cuando entramos en nuestro estado clerical; y como se explica el Apostol: el que pretende y sostiene la amistad y union con el mundo, se constituye por el mismo hecho enemigo de Dios. ¿Qué se diría en el mismo mundo de nosotros si no nos viesen abnegar toda impiedad y deseos seculares? Con razon preguntarian al vernos tan diferentes de lo que debemos ser: *¿Cujus est imago hæc?* No, hermanos queridos, no sea así: el Señor se dignó elegirnos para que fuésemos suyos exclusivamente, y para que cumpliendo nuestro oficio diésemos fruto al que nos eligió; hemos sido llamados, como dice el santo Concilio de Trento, no para engreirnos con nuestra dignidad ni sumerjirnos en una vida ociosa y del todo profana, sino para estar cargados de todos los cuidados relativos á la gloria de Dios, y recordando continuamente que todo árbol que no hace buen fruto, segun la sentencia del Salvador, será cortado y arrojado al fuego, porque ¿cuál es el objeto con que ocupó la tierra? Así que es preciso resistir al espíritu de disipacion, de ociosidad, de negligencia; y aunque este os llame y halague, é instigue para que obreis segun él, digais con Nehemías: *opus grande ego facio, et non possum descendere ne forte negligatur*.

La oracion, esta llave del cielo como la llama el P. S. Agustin, y sin la cual no podemos obtener las gracias sobrenaturales que necesitamos, vuestras obligaciones respectivas, el cuidado de las almas, y el estudio, deben ocupar vuestro tiempo. El estudio, sí, porque sin las ciencias de nuestro estado, como decía el Papa S. Gelasio, nadie puede ser apto para servir en los santos misterios: sería gran temeridad que hubiesen recibido

el magisterio de las almas los que ignoraban el camino por donde debian guiarlas á la vida eterna. No basta observar una vida arreglada; necesario es que sea acompañada de la instruccion conveniente. El doctor eclesiástico, segun se esplica S. Isidoro de Sevilla, debe resplandecer tanto en la doctrina como en la vida, porque la doctrina sin la vida le vuelve orgulloso, y la vida sin la doctrina le hace inútil; y el Concilio Tolentino IV añade, que la ignorancia en los sacerdotes es la madre y raiz de todos los vicios y desórdenes suyos y del pueblo.

Y si en todos tiempos se inculca la necesidad de la doctrina en los que el Señor se ha dignado constituir ministros suyos y dispensadores de los misterios de Dios, para que colocados como antorchas en su santa casa sean luz del mundo y anuncien su Evangelio á todas las gentes, ¿cuánto mas deberán instruirse en los tiempos que vivimos, y cuánto mayor deberá ser la ciencia para cumplir fielmente el ministerio? Observad que por todas partes, entre nosotros mismos, se levantan hombres que dicen cosas perversas, segun la espresion del Apóstol, para llevar discípulos tras de sí; muchos desobedientes, habladores de vanidades é impostores á quienes es preciso convencer, que trastornan las casas enteras, enseñando lo que no conviene por torpe ganancia; hombres llenos de orgullo con la ciencia que juzgan haber adquirido, y que se erigen por sí mismos y sin mision alguna en maestros para llamar á examen la Religion que profesan, dudar de la divinidad de su origen, negar sus misterios, despreciar sus dogmas, contradecir su doctrina, presentarla no solo como inutil sino como perjudicial á la sociedad, y empeñarse en enseñar la suya, persuadir que ella y no la de Dios es la que puede obrar el bien y felicidad de sus semejantes; hombres, en fin, para quienes la Religion, su moral, la Iglesia, sus ministros, el culto, sus ceremonias, la disciplina, sus reglas, la devocion, sus prácticas, todo es objeto para unos de indiferencia, para otros de menosprecio, para estos de burla, para aquellos de persecucion y para todos de contradiccion perpétua, creyendo que está en su mano destruir y acabar con la obra formada por la mano omnipotente de Dios. Y no solo se encuentra por desgracia esta clase de hombres, de quienes habla el Apóstol, en las grandes ciudades, donde se reunen á la vez en medio de tanta confusion de gentes los mas insignes ejemplos de virtudes heroicas con la frecuencia de los mayores crímenes, sino en los pueblos de menor consideracion, en las aldeas mas pequeñas, en la soledad de los

campos; hasta allí han penetrado con sus palabras, sus discursos, sus escritos llenos de errores, de falsedades, de calumnias, de inmoralidad, derramando é introduciendo el veneno, y abusando de la sencillez y de la ignorancia de los infelices á quienes seducen para hacerlos discípulos suyos.

Si cuando el enemigo acomete por todas partes para destruir, si posible le fuera, la heredad del Señor, la Religion, su Iglesia, la sociedad misma, nosotros no estuviéramos preparados con el escudo de la fe, con las armas de la doctrina para combatirle en todas direcciones, hasta en los mas ocultos atrincheramientos, responsables seríamos de la derrota; la pérdida de tantas almas sería de nuestra cuenta, sin que bastasen nuestras lágrimas para escusarnos al contemplar tanta desolacion y ruina.

Para impedir pues una calamidad tan general por los medios propios de nuestro ministerio, mientras que estos hombres, de quienes hablan san Pablo, braman y meditan cosas vanas, y se mancomunan para romper los lazos con que están ligados, y sacudir el yugo suave de la Religion; mientras que blasfeman de lo que ignoran y copian en su conducta á los que describe el Apóstol san Judas, y el Señor que habita en los cielos se burla de ellos y los escarnece, y los habla en el dia de su ira, y los conturba en su furor; vosotros, hermanos y cooperadores nuestros, hablad lo que conviene á la sana doctrina: esta la hallareis siempre en los libros santos que son la palabra de Dios, en los Padres de la Iglesia, en sus concilios, en los decretos y constituciones Pontificias, en los escritos y obras de tantos varones insignes en virtud y letras, que en todos tiempos se dedicaron á enseñar la Religion y defenderla de sus enemigos: y si en nuestros dias éstos se han multiplicado y manifestándose en gran número, tambien se han presentado y se presentarán siempre ilustres defensores y sabios apologistas para combatirlos animados del espíritu de Dios, y con el vigor y fuerza que inspira la verdad, y hacer que resplandezca y se conozca mas la divinidad de la Religion, su utilidad, su necesidad, porque sin ella en vano busca el hombre su felicidad, su quietud y su consuelo.

Firmes siempre y fuertes en la fe, y preparados con la doctrina que hayais adquirido con el auxilio del cielo y vuestro estudio, conducíos en la defensa sin dar á nadie, segun el Apóstol, ocasion de escándalo, para que nuestro ministerio no sea vituperado; antes por el contrario, en todas cosas mostraos como ministros de Dios en mucha paciencia, en

tribulaciones, en necesidades, en angustias, en cárceles, en sediciones, en trabajos, en mansedumbre, en caridad no fingida, en palabras de verdad, por armas de justicia á diestro y á siniestro, por honra y por deshonra, por infamia y por buena fama. Con esta conducta en el combate continuo á que nos obliga el ministerio, y para el cual debemos estar preparados con la doctrina, llenareis vuestro oficio, y muchas veces hareis conquistas aun entre los enemigos mas encarnizados; el Señor dará eficacia á vuestras palabras, é iluminados aquellos con la gracia vendrán á vosotros confesando sus errores; y vosotros entonces, mezclando vuestras lágrimas con las suyas, les dareis el ósculo de paz, y les volveréis á incorporar entre las ovejas dóciles á la voz de su pastor, y os alegrareis en el Señor con la vuelta de estos hijos pródigos á la casa de su padre. No queráis errar obrando de otro modo, sabiendo que Dios no puede ser burlado, porque aquello que sembrare el hombre eso recogerá; y no os canseis nunca de hacer bien, porque los que siguieren estas reglas la paz será sobre ellos, y grande misericordia extensiva á todo Israel.

Especialmente lo sois vosotras, venerables Religiosas, á quienes nos dirijimos ahora; porque si esta palabra Israel significa el que es poderoso con Dios, vosotras lo sois porque viviendo en pureza, en pobreza evangélica y en obediencia, habeis arrebatado el cielo con la violencia de vuestra virtud, y habiendo hallado el tesoro escondido de que habla el Evangelio, seguís al cordero inmaculado por los caminos de la perfeccion, y os habeis hecho dignas de cantar el cántico nuevo que solo pueden entonar los que no han sido contaminados ni han bebido en la inmunda copa de la sensualidad. A vosotras, pues, amadas hijas en Jesucristo, que en verdad sois la porcion escogida de nuestro rebaño, que siempre nos habeis servido de consuelo, que estais libres de todos los lazos y cuidados del mundo, y en aptitud, como decia el Apóstol, para pensar solo lo que es agradable á Dios; á vosotras tambien os rogamos con todo el ardor de nuestro celo que recordeis con frecuencia lo que el mismo Señor os dice en las Sagradas Escrituras, á saber: que cuideis esmeradamente de cumplir lo que ofrecisteis delante de los altares, el voto que pronunció vuestro labio, y aceptó para siempre, porque es muy injuriosa á Dios una promesa vana é ilusoria. Vosotras, asi como teneis en vuestra clausura y separacion del mundo un medio eficaz para preservaros de su contagio, asi tambien teneis en vuestra regla y consti-

tuciones bien observadas otro medio de perfeccionaros en la virtud á que sois obligadas. Sería muy lamentable que siendo por vuestra profesion místicamente mártires, como decia el P. S. Ambrosio, os desentendiéseis de los continuos llamamientos de vuestro divino Esposo, que os repite muchas veces las palabras del Salmo: oye, hija, y ven, é inclina tu oído, olvida tu pueblo y la casa de tu padre, y el rey deseará tu hermosura; y os sucediera lastimosamente lo que á las vírgenes fátuas de que nos habla la parábola del Evangelio, y con ellas oyéseis aquel terrible *nescio vos*, no os conozco, en la hora misma de vuestra muerte. Considerad que el enemigo de nuestras almas rodea á todos los hombres como leon rugiente para devorarlos, segun se explica el Apóstol S. Pedro; y vosotras, en espresion del santo Job, sois su comida mas esquisita, por lo mismo que habeis sido adornadas de gracias mas sublimes. Velad, pues, en oracion y clamor para libraros de las asechanzas de tan formidable adversario, y continuad adquiriendo la santidad de vuestro estado. Asi nos lo prometemos de vuestra fidelidad en corresponder á la gracia de vuestra vocacion y de vuestro deseo de adelantar en el camino de la virtud. El Señor es vuestra guia; seguidle y os conducirá hasta el monte de la perfeccion, y pondrá sobre vuestras cabezas la corona inmortal esmaltada con todas las virtudes en que hayais resplandecido, y cuyo mérito él mismo sabrá apreciar para premiarlas. Y tambien esperamos que como fieles hijas, llenas de caridad, levantareis hasta el cielo vuestros fervorosos ruegos por vuestro pastor que se despide de vosotras como un padre que siempre os ha amado en Jesucristo, porque tenemos el consuelo y la confianza de que el Señor atenderá á vuestras súplicas, é inclinará su ánimo á vuestras virginales oraciones, como decia el grande S. Benito á su hermana santa Escolástica, y por vuestra mediacion nos comunicará copiosas luces y oportunas gracias, para desempeñar rectamente nuestro delicado ministerio entre los fieles que el mismo ha querido confiarnos.

Y vosotros, Seminaristas, jóvenes de nuestra particular predileccion, que aún estais en los átrios de la casa de nuestro Dios como separados por el mismo del bullicio del pueblo para que le sirvais en el culto del tabernáculo, y como otros tantos Samueles bajo la direccion de Helí, anciano sacerdote, sois y debeis ser la esperanza de la Iglesia, y el consuelo y el gozo de la diócesis: oid, oid tambien por la última vez la voz de vuestro Obispo, que os dice á cada uno como el Apóstol á su disci-

pulo Timoteo: *Exemplum esto fidelium in verbo, in conversatione, in charitate, in fide, in castitate; juvenilia desideria fuge, sectare vero justitiam, pietatem, fidem, charitatem, patientiam, mansuetudinem.* No habeis entrado en el Seminario solo para adquirir las ciencias, sino tambien para ser informados en la piedad, en la religion, en las sanas costumbres, como dice el santo Concilio de Trento. Si por desgracia despreciáseis esta parte suprema é importante de vuestra educacion, vuestra ciencia, llena de soberbia, estaria muy lejos de edificaros y de proporcionaros para el sacerdocio, y se verificaria lo que el mismo S. Pablo decia de los hombres que asi obraban: *semper discentes, et nunquam ad scientiam veritatis pervenientes.* Indudable es que debeis prepararos con el estudio de las ciencias eclesiásticas para desempeñar bien algun dia los grandes oficios del ministerio; pero es mucho mas preciso que trabajéis por adquirir la ciencia de los santos, para despojaros de todos los actos pecaminosos del hombre viejo, y vestiros del nuevo, criado segun Dios, en justicia y en santidad de verdad; vuestra entrada en el Seminario tiene por objeto esencial preservaros de la corrupcion del siglo, y disponeros á servir en la Iglesia como dignos ministros suyos; y tanta es la importancia de estas venerables casas de educacion eclesiástica, donde con el lustre de la ciencia ha de resplandecer en sus alumnos la piedad, el celo, la pureza, la humildad, la modestia, toda clase de virtudes, que bien sabido es lo que dijeron los Padres de mayor nota y celebridad del santo Concilio, y vosotros no debeis jamás olvidarlo: que aun cuando solo se hubieran reunido para arreglar el decreto *Cum adolescentium ætas, etc.*, relativo á la ereccion de los seminarios habrian servido á la Iglesia, en lo que mas interesa; y de aquí proviene el esmero con que en todas partes se ha procurado su establecimiento, porque no hay otro medio mas eficaz para que florezca la disciplina, y se corrijan las costumbres del pueblo fiel. Penetraos bien del objeto, entrad en el pensamiento de la Iglesia y corresponded á sus intenciones santas y de tan conocida utilidad, y á su tiempo dareis frutos muy abundantes y sazonados para el alimento espiritual de los fieles.

Obedeced á vuestro Rector y superiores con sumision y con respeto, y no juzgueis de sus determinaciones en orden á vosotros como agenas de rectitud; el grande Arzobispo de Milán S. Carlos Borromeo, decia á sus seminaristas que los superiores se conducen para mandar por principios de justicia y prudencia que casi siempre se ocultan á los jóvenes.

Vivid segun sus reglas, porque vive por Dios, conforme al testimonio de S. Gregorio Niseno, el que vive en pura obediencia. Acordaos de que llamados á la suerte del Señor debeis observar una conducta propia del estado á que aspirais, para que viéndoos asi glorifiquen todos á vuestro Padre celestial, y os hagais dignos de ser promovidos al sacerdocio como lo han sido tantos de la casa á que perteneceis por dicha vuestra.

Alumnos sois del Seminario de San Pelagio Martir, monumento insigne del celo y vigilancia pastoral de nuestros gloriosos Antecesores; acordaos que su bien merecida celebridad no está limitada á la Diócesis; su fama se estiende á las inmediatas y penetra á otras muy distantes; traed á la memoria los frutos que ha producido en todos tiempos, los talentos que en él se han cultivado, las virtudes que en el mismo se han adquirido, y la utilidad que no ha cesado de prestar aun en circunstancias calamitosas. Cuando tantos seminarios han quedado desiertos en medio de las agitaciones políticas, el vuestro ha permanecido lleno de jóvenes y continuado la enseñanza y la educacion á la multitud que, como vosotros, ha venido á recibirla; imitad el buen ejemplo que os han dejado los antiguos alumnos; sed como ellos han sido, y conservad con vuestra aplicacion y vuestra conducta verdaderamente eclesiástica el buen nombre del Seminario: el interés es vuestro, es de la Diócesis, es de la Iglesia, es de los fieles que tienen derecho á ser conducidos por pastores sabios y virtuosos. Pensad pues, y practicad, segun se esplica el Apóstol, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo santo, todo lo amable, todo lo que es de buena fama, y el Dios de la paz será con vosotros para que la anunciéis algun dia como ministros suyos destinados á la santificacion de las almas.

No debemos molestaros ya por mas tiempo, hermanos muy queridos en el Señor: concluiremos diciéndoos á todos como el Apóstol á los Corintios, sed perfectos, exhortaos los unos á los otros, reuníos en un mismo espíritu y corazon; vivid en paz. Habeis oido nuestras palabras; solo exijimos que no las olvideis, y que pidais á Dios con todo fervor se digne concedernos su gracia y sus auxilios para desempeñar fielmente nuestro ministerio en la Diócesis á que se nos traslada: lo hemos ejercido entre vosotros cometiendo gravísimas faltas; lo conocemos, y estamos lleno de confusion; pero tenemos la esperanza de que sabreis disimularlas con vuestra prudencia, y perdonar con la caridad cristiana que os distingue al que cesa de ser vuestro Obispo, aunque indigno

de este nombre, y de contarse entre tantos esclarecidos Predecesores suyos, honor y gloria de vuestra Diócesis.

Nos resta solo encargarnos muy eficazmente que dirijais vuestros votos al Señor por la conservacion de nuestro Santísimo Padre Pio IX, y nuestra Augusta Reina Doña Isabel II, para que en sus dias prospere la Religion y el Estado; y por último encomendaros á Dios, como decia el Apóstol á los fieles de Efeso, y á la palabra de su gracia que os puede edificar espiritualmente y dar la herencia á todos los que el Señor ha querido santificar por su vocacion al cristianismo. Levantamos, pues, nuestras manos al cielo, y pedimos al Señor, cuan encarecidamente podemos, que derrame sus bendiciones abundantes sobre nuestra muy amada Ciudad y Diócesis de Córdoba, y sobre todos y cada uno de sus habitantes, colmándolos de felicidad espiritual y temporal. No somos dignos de alcanzar estas gracias; pero las imploramos por la mediacion de la Santísima Virgen Nuestra Señora, y de todos los Santos cuya solemne conmemoracion y festividad celebra hoy la Iglesia universal llena de júbilo y regocijo: nos dirijimos tambien especialmente para conseguir las á la proteccion del glorioso Arcangel san Rafael, vuestro custodio y defensor; de los ínclitos patronos san Acisclo y santa Victoria, y de los innumerables mártires Cordobeses, que firmes en la fe derramaron su sangre y santificaron con ella tantos sitios y parajes de la misma capital que habitais: os recomendamos muy de veras á su poderoso patrocinio; os aseguramos de nuestro cordial afecto y deseo de complacerlos siempre; nos despedimos de vosotros con todo nuestro espíritu conmovido; y con la mayor ternura y confianza de que la recibireis respetuosamente os damos por última vez, y de lo íntimo de nuestra alma, nuestra pastoral bendicion, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.

Nuestro Gobernador Eclesiástico remitirá esta Carta pastoral á los Vicarios y Párrocos para que se lea en el primer dia festivo despues del Ofertorio de la Misa mayor, y concedemos cuarenta dias de indulgencia á todos los que la oyeren devotamente: conservándose luego en el archivo de la parroquia, y quedando en poder de los mismos otro ejemplar que acompañará, á fin de que puedan leerla los eclesiásticos y personas que lo deseen, á los cuales concedemos otros cuarenta dias de indulgencia. Con el mismo objeto, é igual concesion, remitirá tambien el competente número de ejemplares al Venerable Dean y Cabildo de nues-

tra santa Iglesia Catedral, al Prior y Cabildo de la Iglesia Colegial de san Hipólito, á las Preladas de los Conventos de Religiosas, y á los Ayuntamientos, Corporaciones y Autoridades de la Diócesis.

Dada en Madrid, firmada de nuestra mano, y refrendada por nuestro infrascrito Vice-Secretario de Cámara, el lunes Fiesta de todos los Santos, primero de noviembre de mil ochocientos cuarenta y siete.

Juan José, Obispo de Córdoba.

Por mandado de S. E. el Obispo mi Señor,

D. Juan Gutierrez de Leon.

Vice-Secretario.



